

## Transfiguración del Señor



*JOSÉ LUIS OLIVARES, OSB<sup>1</sup>*

CuadMon 133 (2000) 181 - 184

- 1.- Se los llevó a una montaña alta a orar.*
- 2.- El auxilio me viene de los montes (Sal 120).*
- 3.- Cambiando incluso los montes de lugar y desmoronándose las colinas, no cambiará su amor por nosotros (Is 54).*
- 4.- Vengan, subamos al Monte del Señor, a la Casa del Dios de Jacob (Is 2,3; Mi 4,2).*
- 5.- Vengan, subamos al Monte del Señor.*

Cristo sube a una montaña. ¿Qué montaña? No sabemos. Algunos señalan que es el monte Tabor. Pero es más que ese monte en concreto. Se trata de un monte simbólico, por eso se omite el nombre. No es solamente un lugar físico, sino que tiene que ver con las realidades y con las concepciones que del mundo se tenían en esa época. El mundo era visto como una superficie cuadrada que flotaba sobre las aguas inferiores, en cuyo centro se elevaba una montaña que con su cima se acercaba a la parte más alta de la bóveda del cielo, sobre la cual Dios tenía su trono.

---

<sup>1</sup> Prior de la Abadía Benedictina de la Sma. Trinidad de Las Condes (Santiago de Chile). Se reproduce el texto de una Homilía pronunciada en el Monasterio de Rengo (Chile) el 6 de Agosto 1999.

Cristo no sólo sube a esta montaña. Son muchas las montañas en la vida del Señor y en la vida del pueblo de Israel. El pueblo de los hijos de Jacob comienza a ser Pueblo de Dios cuando éste se revela a Moisés en la montaña del Sinaí, les entrega las tablas de la Ley y se establece la Alianza entre Dios y su pueblo. Es una montaña física, pero es más que eso, es el lugar de la presencia de Dios, donde Dios se digna acercarse al hombre, hasta donde Dios baja desde su trono en el cielo para atraer al hombre hacia sí. La teofanía, la manifestación de Dios en el Sinaí ocurre entre nubes y relámpagos, que son luz; así también en el Tabor, la Transfiguración del Señor entre nubes y la luz que de Él emana. Se sube a la montaña para estar más cerca de Dios, a la montaña subió Moisés, a la montaña subió Elías, a la montaña subió el Señor y a la montaña también debemos subir sus discípulos. San Benito escogió dos montañas para establecer sus moradas: Subiaco y Montecassino. Los monasterios benedictinos han seguido esta costumbre de construir sus edificios en montañas, para indicar un lugar de encuentro con Dios. A la montaña se sube con cierta dificultad, es la dificultad de la vía ascética, aquella vía que para el encuentro con Dios requiere la constancia y la paciencia en la oración y en la búsqueda de Dios. A una montaña no se sube por un camino recto ni asfaltado, sino por senderos con altos y bajos, con caídas, rasguños, heridas y dolor. Pero cuando se llega a la cima se contempla el mundo, el paisaje con otros ojos, unos ojos más cercanos a los de Dios. Una vez que se ha llegado a la cima, se sabe también que el encuentro con Dios ya no depende de que uno pueda seguir escalando, se ha llegado a la cumbre; desde ahí es Dios quien tiene que bajar desde su trono celeste para hacer el encuentro con el hombre. Es Dios quien en la nube y la luz hace su aparición ante el hombre, que ya no necesita más la vía ascética y que ahora sólo necesita gozar de la vía mística, esa vía en que se camina al encuentro de Dios casi sin esfuerzo, porque ahora es Dios quien moviliza al hombre. Pero hay que tener cuidado, porque el hombre que sube a la montaña para el encuentro con Dios, está más cerca de caer precipitadamente que los hombres que permanecieron abajo de la montaña. La soberbia y la vanagloria son de los pecados más grandes, porque afectan a hombres que ya han alcanzado un alto nivel de vida espiritual. Los grandes herejes y cismáticos han sido siempre hombres de intensa vida ascética e intelectual. Han subido a la montaña para hacer la experiencia de Dios y no han logrado hacerla plenamente.

El nacimiento del Señor a menudo se representa en la gruta de una montaña, aquella en la que pasó cuarenta días y cuarenta noches después de su bautismo preparándose para su ministerio y luchando contra el demonio; también la de la multiplicación de los panes a orillas del lago de Galilea, la misma en la que enseñó las bienaventuranzas, y finalmente la montaña desde donde se elevó a los cielos antes de Pentecostés, de la cual hay dos versiones en la Escritura, unos evangelios dicen en el Monte de los Olivos, otros en el monte de Galilea. Pero así como hay

montañas de valencia positiva, también las hay de valencia negativa, es decir, aquellas en que los hombres no quisieron acercarse a Dios. Se trata del Monte de los Olivos, donde el Señor padeció el tormento de su agonía y de su oración aparentemente infructuosa; y en donde los discípulos, en vez de velar con él en oración, se durmieron. Allí comienzan a abandonar a su Señor. Este abandono se consumará en el alejamiento cuando el Señor es prendido por los enviados de los sumos sacerdotes, y llegará a su clímax en la agonía y la muerte en cruz, de nuevo en otro monte, el calvario. En todas estas manifestaciones simbólicas el signo de la luz y la nube desaparecerán, o más bien serán cambiados por su equivalente negativo: la noche, las tinieblas, la oscuridad. En el Monte de los Olivos el prendimiento de Jesús, y poco antes su oración, serán de noche, y estando el Señor sobre la cruz habrá un oscurecimiento sobre la tierra. La presencia de Moisés y Elías se cambia por la de los dos ladrones crucificados junto al Señor (cf. *Mc 15,27*). Los mismos discípulos que se postraban en tierra admirados ante el prodigio de la Transfiguración, ahora se duermen junto a su Señor (cf. *Mc 14,37*). Y la voz de Dios Padre que declaraba a Jesús como su Hijo amado ahora pareciera volverse muda al escuchar el grito suplicante de su Hijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* La manifestación teofánica de Dios se vuelve contraria, una especie de negativo fotográfico. Es claro el abandono de los hombres, por eso no hay signos positivos en esta manifestación, sino negativos; pero estos son de tal clase, que se nota la presencia de Dios allí. Por eso el Centurión que custodiaba el lugar de la crucifixión podrá decir: *Verdaderamente este era Hijo de Dios* (*Mc 15,39*). Con la presencia de Dios sobre el monte, tanto en el Sinaí, en el Tabor, como en el Calvario, el puente invisible que hay entre la cima del monte y el trono de Dios en la cumbre más allá de los cielos, queda manifiesto, queda patente, y de una vez por todas queda abierto el cielo a los hombres que utilizan este puente, la cruz de Cristo, su anonadamiento hasta la muerte en Cruz. Cristo es el puente y la Cruz de Cristo el eje visible de ese puente.

Nuestra actitud, la de los discípulos del Señor, tiende a ser quedarse en la cima de la montaña contemplando el espectáculo que significa el descenso de Dios, por eso Pedro propone hacer tres tiendas: *¡Qué bueno es estar aquí!* (*Mc 9,5*). Más bien la actitud del discípulo es la otra que vivieron los apóstoles, que es la de adorar, rostro en tierra la presencia de Dios. El discípulo que llega a la cima del monte debe también aprender a bajar de ella para bien de sus hermanos, así lo hizo Moisés cuando recibió las tablas de la Ley, y así lo hicieron los discípulos del Señor después de su Transfiguración, porque es necesario contar a los hermanos la gloria de Dios que se ha visto en la cima del monte, para que sean muchos más los que se atrevan a escalar hasta la cima para contemplar a Dios.

Simbólicamente el Señor se transfiguró en presencia de sus discípulos.

Pero hoy el Señor sigue transfigurándose para nosotros. Cada vez que asistimos a la Eucaristía revivimos el prodigio de la presencia de Dios, que desciende a la cima del monte y a quien nosotros podemos contemplar, transfigurado entre nubes y luz, entre el incienso y los cirios encendidos (o como ocurría antiguamente ante el nacer del sol). El altar es en una iglesia el monte simbólico en el cual desde el antiguo Israel fue ofrecido Isaac en sacrificio por su Padre Abraham, o en el cual Melquisedec ofreció la ofrenda de pan y vino, o en la cual Abel ofreció a Dios sus primicias, como nos lo dice el Canon Romano y nos lo representan mosaicos y frescos de antiguas iglesias. Y a la vez, es el lugar donde Cristo fue sacrificado: el altar de la cruz. Pero es también el Tabor, donde el Señor desde su cuerpo humano hace ver a sus discípulos el rostro glorioso de su verdadero ser divino. Altar viene de alto, el lugar más alto de una iglesia, al cual ascendemos para que Dios en él descienda. Y nosotros al igual que los apóstoles caemos de rodillas al contemplarlo transfigurado. Así como Moisés debía echar un velo sobre su rostro después que tenía un encuentro con el Señor, ya que su rostro irradiaba luz al punto de no poder ser mirado fijamente, así nosotros también deberíamos reflejar en nuestro rostro y en nuestro ser la presencia de aquel a quien contemplamos en el monte. El velo que echamos en nuestro ser no debe ser tan grueso que no permita a los demás ver la gloria de Dios que se refleja en él, pero tampoco tan delgado que no permita ser admirado. Podríamos interpretarlo como lo que San Benito dice, hacer que el débil desee más y el fuerte no se vea limitado en su fortaleza. Este reflejo de la gloria de Dios no es algo que nosotros inventemos o creemos por nuestras propias manos, es un regalo de Dios, y como regalo hay que recibirlo y entregarlo.

*Abadía de la Ssma. Trinidad de Las Condes  
Casilla 27021 – Santiago 27  
Chile*

---